

SEGUNDA IMAGEN DE MONTERROSO

Por CARLOS REAL DE AZUA

"MONTERROSO", por Eduardo de Salterain y Herrera. Montevideo, 1948.

I

La figura de José Benito Monterroso se había presentado hasta ahora como anegada en el resplandor de su jefe, el Conductor de los Orientales. Su destino parece haber sido el de los secretarios privados, amanuenses, mentores de antecámara, voz impersonal de su contribución, al transferirla a una gran voz protagonista que, portándolas, las hace significativas — pero unitaria, globalmente significativas — en la historia.

Como la del padre José, el consejero de Richelieu, tan magníficamente utilizado por Huxley, las biografías de estos hombres son capítulos de silencios, de reservas, de apenas adivinables conflictos de conciencia. Sus vidas, antes del gran encuentro que las lanzó en la acción, parecen prehistoria; sus años, quebrada esa compañía, desangrado vivir muriendo, sin sentido y hasta sin sentidos.

Poco más sabíamos del fraile franciscano que su suceder a Barreiro en la secretaría de Artigas, hacia los tiempos del gobierno de la Purificación y de la Liga Federal, y su indeclinable fidelidad al Jefe a través del proceso de la conjura, la invasión portuguesa y la final derrota. Se sabía que la mayoría de la inmensa correspondencia con que Artigas conducía — a pecho de chasque — los hilos de su anficiónia insumisa, era debida a su persona, sombra devota y activa que nunca parecía cansarse de ordenar, discutir, halagar y amenazar. Hasta para los mejor informados, su nombre se perdía después de 1820, cuando, simple prisionero de las montoneras de Francisco Ramírez, quedó expuesto a la represalia del lugarteniente de ayer, encambrado a primera figura por la traición y la ambición desmesurada. Y después, una total oscuridad, salvo su aparición, ya muy poco anterior a su muerte, en el Montevideo de 1834, registrada someramente por Acedo en sus "Anales Históricos".

II

Eduardo de Salterain ha reconstruido, antes y después de la etapa pública, el azaroso itinerario de esta vida. Quedan pulcramente documentados su nacimiento en Montevideo y en 1780, hijo del gallego Marcos José da Porta Monterroso, hombre de empresa y cabildante y de Juana Paula Bermúdez; su presencia de novicio franciscano en Buenos Aires, desde 1798, y su posterior magisterio de filosofía en Córdoba, desde 1803 a 1814, año en cuyo noviembre Salterain fija la asunción del ya ex-fraile, a la secretaría permanente del Protector.

Desde 1814 a 1820 la voz de Monterroso es la voz de Artigas. Con modestia ancilar, con fidelidad y transparencia de instrumento, el ex franciscano pone en letra potable y en pensamiento coherente la voluntad cavilosa de su Jefe.

Cuando Artigas toma el camino de la selva, Monterroso pasa rápidamente de prisionero a consejero amante de "la Delфина" — extraviado por el loco afán de desquite de José Miguel Carrera — en caer a su vez vencido por López, y el nombre de Monterroso se borra ya del escenario. Salterain le sigue, en la parte más original de su trabajo, como conductor de desbandados sobre los campos de Córdoba y Santiago del Estero, amparado después por Ibarra y por fin minero, bajo el nombre de Iguerales, en Copiapó de Chile, metido en afanes de fortuna durante más de una década.

Desde el regreso a Montevideo, en 1834, hasta su muerte

IV

Para defender al discutido secretario de Artigas, Salterain no ha tenido necesidad de escribir una obra polémica. Sin agresividad anota los testimonios hostiles a Monterroso: Renger y Longchamp, Pascual Ramón de Cáceres y Yates, y alude a los de Rivera, Carlos Anaya y Encarnación de Zas. Casi sin discutirlos, pasa a otra cosa.

Parece pensar, con razón, que, en el Uruguay de 1948, resulta innecesaria — y hasta un poco abusiva — la controversia que reivindicó el acierto de alguien que participó, con pasión tan creadora y acendrada, en los fundamentos del artiguismo. Para un debate son siempre necesarias dos partes, y en la exaltación de la democracia montonera contra la planificación oligárquica, de la intuición menesterosa y la ignorancia ilusionada contra el cálculo racional y culto, del fervor autonómico y diferenciador, con acento nacionalista y regional contra la unidad rigurosa — por lo menos hasta 1830 — conulgan las dos escuelas en que, como en todo el Río de la Plata, se divide crecientemente la disciplina histórica en nuestro país.

Es esta vigencia la que puede explicar afirmaciones, a nuestro juicio tan exageradas, como la de que todos los hombres de la "Patria Nueva" frente a Monterroso, "podían decirse extranjeros" (p. 202) o a olvidar el subrayado del he-

cho — tan generalmente olvidado — de que tal vez la dialéctica fatal de la Federación no esté en la Liga Federal, que juntó el genio de Artigas, sino en el "non serviam" de Francisco Ramírez, cuando dijera, contra Artigas, que "no admitía extranjero dominando en su tierra" (Entre Ríos).

En este tenor, la reivindicación de los próximos de Artigas, capitanes o letrados, no tiene otra tarea que poner al día, sus antiguas malas famas, vistiéndolas con el presente fulgor de la del que fué su inspirador y principal. Así lo reconoce el autor: "Como se ve, ni antes ni entonces el juicio era benevolente con Monterroso. Pero ¿lo era y lo sería con Artigas?" (p. 101).

Salvado este desajuste en el tiempo entre el caudillo y el séquito, el biógrafo se ve muniendo de una franqueza que no deja de ser peligrosa y es la de calificar y fallar antes que las virtualidades de una existencia hayan dado sus frutos, hayan sustanciado y probado su propia causa. Ya en la pág. 36, Monterroso es "el propulsor insigne de la nacionalidad", en la 74, "el eterno injuriado", en la 127, "el ilustre rector de la política nacional", en la 160, "insigne mentor", etc.

Aunque presentado con justa y calorosa simpatía, este Monterroso no prueba, por lo menos con la debida conciliación, tan abundoso tributo.

Por un lado, anda así una versión contemporánea del se-

el 10 de marzo de 1838, cortada por el destierro a Europa y la posterior estada en el Brasil, Salterain ata y desata, con intriga familiar-novedosa y completa, los hilos de una complicada lización forzada, y en la que intervienen Lucas Obes, con su vieja hostilidad por lo artiguista, Ana Monterroso de Lavalleja, puro amor fraterno, Larrañaga, con su blandura y complacencia, Francisco Llambré, ministro de Oribe, como para no hacer del repudio una cuestión de partido, Trápani, Rivera y otros. Y un gran corteo de tertulias al fondo.

III

No es frecuente el caso de un hombre, que en la madurez de su vida, se inaugura en los rigores de la busca documental, con modestia e impecable técnica. El dato escurridizo no suele ser la presa más buscada ni brillante. Poquísimo era lo que sabíamos de Monterroso; bastante — no demasiado — lo que conocemos ahora. Entre las dos magnitudes está el ahínco apasionado de este escritor doblado en erudito.

Pero la objeción decisiva brota aquí. Pensamos que con todo lo que tenemos ahora no se puede aún, en puridad, reconstruir esta vida en toda su anchura y esloras calculables. En bastantes ocasiones, los documentos no sostienen al personaje y sólo permiten atisbarle desde lejos y como cercado de oscuridad. Salterain trata de llenar los vacíos — hábilmente y con infalible honestidad — pero, en largos trechos, el ambiente histórico, diestramente reconstruido, con alusiones literarias muy oportunas, diluye y aplasta al héroe, que transita por él fanáticamente. En estos pozos de aire transcurrió casi toda la vida de Monterroso hasta 1814, los años de Chile y el destierro a Europa.

Pero pasa algo más: aún en los sectores mejor iluminados Monterroso está visto desde fuera, y ello es inevitable. Su correspondencia personal es escasísima y nada confidente; el epistolario oficial de Artigas tiene la impersonalidad, la ejecución o el rasgo ideológico y proclamaro característicos de su circunstancia; los testimonios de terceros son casi siempre juicios (de valor) y no retratos; los hechos que marcan o tuercen la vida del secretario son de índole colectiva y tienen escasa utilidad esclarecedora. Incluso en los momentos más bien documentados, el hombre se ve como a través de un cristal empañado. Nos gustaría conocer, por ejemplo, las relaciones personales de Monterroso con Artigas, el proceso íntimo de la conquista del ánimo de Ramírez y de su correlativa actitud hacia su ex jefe, ya prisionero de Francia, su estado de espíritu durante los años de Chile. Nos parece necesario, a veces, penetrar algo en la vida privada del ex-fraile, en sus medios económicos, en sus lecturas, en sus posibles amores, en sus ideas.

Salterain, que huye en general de la "biografía psicológica" con lo que podría tener de audacia y desaprensión en un caso semejante, no renuncia sin embargo a un tipo de comentario interpretativo y poético, que por trechos puede valerle, que no es siempre convincente y que tiende a acentuar, al desvanecer al personaje, melancólica, distraidamente, en un lampo de infinitudes, esa impresión de distancia cuyas causas anotamos. Un escrutinio de las páginas 23, 104, 171, 176, 227, 228 y 242 lo ejemplifica fácilmente.

Tampoco está ausente del libro alguna ambigüedad entra la estricta investigación histórica y el producto de un arte literario, finamente ejercido. La abundante — y a ratos abrumadora — transcripción anotada, pertenecen a la primera; el comentario, lleno de lirismo y nostalgia, a lo segundo.

cretario: belicoso, declamatorio, exaltado, sagaz, caviloso, cruel, desconfiado, intrigante, "promotor de la anarquía", "renegado y perdeluarlo". La absolución inicial escotista — la tarea apasionante de contrastar esta abusiva etopeya con una imagen nueva, más íntima y verídica. (Si bien debía reconocerse que todo se topa con la escasez documental: es ella la que tiene la culpa y no Salterain, que ha extraído el fruto posible de sus papeles).

La tan alegada crueldad de Monterroso — y con ella los tan repetidos rigores de Purificación — merecía una discusión pormenorizada; el pasar como sobre ascuas por esos hechos, puede despertar el recelo del lector, especialmente del lector no uruguayo. Hay

que pensar que en la propia correspondencia del biógrafo se teje una verdadera doctrina del rigor cívico (págs. 67, 80, 85, 88, 118, 120, 121) en la que se mezclan — extrañamente, pero patentemente — reflexiones inquisitoriales y pasión jacobina.

Consecuente con este enfoque, considera Salterain que la sustancia de las resistencias que en Montevideo levantó Monterroso hacia 1834, era de índole política y no religiosa. La verdadera hostilidad no la despertaba el franciscano que había colgado sus hábitos sino el representante de la "Patria Vieja", "de aterradora memoria", al decir de Lucas Obes. La interpretación, no deja de ser convincente y uberosa de significado, al ejemplificar el

LETRAS NACIONALES

★ MARCHA comentará en adelante toda la producción bibliográfica nacional que se le envíe, en materia de literatura imaginativa y de ideas. A tal efecto se ha constituido un grupo que se hará cargo de la nueva sección, el cual estará dirigido por Carlos Real de Azúa e integrado por Domingo Luis Bordoli, Carlos Martínez Moreno, Ricardo Paseyro y Carlos Ramella.

Sin perjuicio de la presencia de este grupo de colaboradores, el Director de la sección podrá ocasionalmente encomendar notas a otras personas que las antes mencionadas.

Demás está decir que toda crítica o comentario traducirá sólo la opinión de su autor y en modo alguno un veredicto corporativo.

Los autores deberán enviar sus ejemplares a MARCHA, Sección Letras Nacionales, Rincón 593, 8° piso. Montevideo.

choque entre la tradición de Artigas y los primeros dirigentes del país independiente. Pero prescinde un poco del aire de la época, fuertemente religioso y olvidada, en cierto modo, que ni Rivera, ni Oribe eran hostiles a la "Patria Vieja", como lo probaron algunas veces después de 1830.

V

Una Biografía concebida históricamente — al modo orteguiano — como riguroso repertorio de perspectivas vitales, sagazmente seleccionadas, iamenterá, que esta sumersión en el ambiente nos prive de lo que Monterroso podría tener de específico y original. Es la formación eclesiástica, de base teológica enfrentada dramáticamente con la Revolución y la Anarquía; la lucha entre la disciplina claustral y el temor y la incitación de la aventura; el ensamble entre las disciplinas mentales de Iglesia y Orden y la ideología democrática y federal que trató de ordenar la germinación platense; la visión propia de la religión, de la moral, de la política, de nuestra realidad, que al final resultó de tan variadas influencias.

Sin embargo, dos rasgos — muy importantes sin duda — han sido registrados por Salterain, aunque no insistió lo debido en el primero de ellos. Son: el posible "anticlericalismo" de Monterroso (págs. 31, 32, 156, 221). Textos muy semejantes de la correspondencia de Artigas y de Ramírez son atribuibles con verosimilitud a una misma mano: la suya. Y su actitud ante la exigencia de la secularización rubrica este rasgo, que rompe bastante los esquemas elaborados para las relaciones entre la Iglesia y la Revolución.

El otro es su profunda fe en las posibilidades del país, como nación venturosa y autónoma, sostenida en la famosa carta a Cadea, de 1835. Pasada la saforia de los primeros años constitucionales, empezaban a conculgar en un radical escepticismo sobre nuestro futuro como entidad independiente; un escepticismo que va a dar su máxima entre Giró y los últimos tramos de la época de Latorre.

Sin perjuicio de su ahínca personalización, la figura del secretario de Artigas es susceptible de integrar un "tipo" de ubieca presencia, hondo valor racial y apasionante estudio. Es, en el área hispano-americana, el del hispano-político generoso, que brota en España con las guerras de la Independencia y en nuestro continente con las de la Revolución, para seguir irrumpiendo con intermitencias hasta la misma guerra civil de 1936. Salterain anota con fineza las semejanzas con el Mosén Trigueño, de los episodios galdoisianos. El repertorio es más amplio: podría llegar por un cabo hasta ese Fraile Castañeda, cuya "Patria Nueva" narró Capdevilla; por el otro hasta la galería, sombría, familiar, de los ensotados cabecillas de las guerras carlistas.

Son muy agudas las observaciones que hace Salterain sobre el estilo epistolario de Monterroso y de su antecesor Barreiro. La transición entre la elocuencia neoclásica y un romanticismo tímido, y un maduro, general en toda nuestra literatura de la independencia, está desentrañada con gusto y justeza.

Queremos destacar, por último, el ejemplar continente de esta obra. Las ilustraciones, las notas, el perfecto índice onomástico lo dignifican, en una medida rara entre nosotros. Un libro bien hecho también una tradición.